

MAIVO  
SUÁREZ

---

# Sara



KINDBERG



**Sara**



MAIVO  
SUÁREZ

---

**Sara**

KINDBERG



*Sara*

Maivo Suárez

© Maivo Suárez, 2019

Edición:

© Kindberg Editorial, 2019

Valparaíso, Chile

[www.kindberg.cl](http://www.kindberg.cl)

[editorialkindberg@gmail.com](mailto:editorialkindberg@gmail.com)

Dirección editorial: Arantxa Martínez

Diseño: Sebastián Paublo

Ilustración: Renato Órdenes San Martín

Primera edición para Chile: noviembre de 2019

ISBN edición impresa: 978-956-9707-10-0

ISBN edición digital: 978-956-9707-14-8

Diagramación digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)

[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso expreso de la editorial.

*A Emilia y Amanda, por su amor incondicional*

*El paso del sueño a la realidad  
es el verdadero infierno.*

PATRICIA HIGHSMITH

De pie en la puerta del departamento Sara supervisa que todo marche conforme a lo planificado. A unos metros, mientras espera el ascensor, Estela se acomoda la cartera y la mira sin apuro. Chao, dice Sara, y levanta una mano, como agitando una banderita chilena. Sí, una celebración; se va mi única hija con su carácter de mierda. No más griterío, no más discusiones.

La tarde anterior, en medio de las cajas y las bolsas con ropa, Estela había insistido en pasar la última noche juntas. A los treinta y cinco años sobreactuaba, pensó Sara, y lo siguió pensando esta mañana, cerca de las once, cuando se la topó en la cocina dando vueltas en pijama, buscando el feo tazón jaspeado, regalo de un paciente para el día de la Enfermera. La vio gorda, lenta; pensó en un caracol.

Horas después, la ducha interminable de Estela la impacientó. Tanta demora no era un buen augurio para alguien que estrenaba una nueva vida. Sacudió la cabeza para espantar el mal augurio. ¿Y si le apagaba el calefón? No, no era una buena idea. Sonriendo, fue hasta el dormitorio, tomó una chaqueta del clóset, las llaves, el monedero y salió del edificio. Caminó las dos cuadras hasta el parque; hacía frío. Dio la vuelta larga, rodeando las máquinas de ejercicio que había imaginado usar alguna vez y se recordó, hacía mil años, preparando una once para agasajar a las primeras amigas de Estela. Cuánta ingenuidad.

Al principio se había alegrado: por fin su hija, una adolescente silenciosa y extraña, tenía amigas. Pero cuando meses después descubrió que a esas chicas de tatuajes en

las manos les gustaban otras chicas, de un santiamén las ahuyentó del departamento y se dedicó a desempolvar viejas amistades con hijos varones de la misma edad de Estela. Inventó onces, paseos, salidas al cine.

-¿Y si invitamos a Jorge?

-¿Qué Jorge, mamá?

-El del paseo a la nieve. Ese flaquito medio colorín. Tu amigo, Estela.

-¿Mi amigo?

También sondeó el tema con otras secretarias de ByFoods, pero no llegó a hablarlo abiertamente. Hasta la metida de Marga, en el rol de abuelastra, no tardó en recomendarle una psicóloga, porque estaba claro: a la chica le pasaba algo.

Sólo una vez había hablado más de la cuenta, recordó.

-Yo a esa edad era igual de curiosa, Sarita, pero más cobarde -dijo la jefa de comunicaciones.

Estaban solas en la oficina, después de la jornada, y Sara archivaba cartas para evitar la hora de mayor gentío en el metro. Mentira, se corrigió: se quedaba dando vueltas en la oficina para no llegar temprano al departamento a pelear con Estela.

-¿Y usted cree, jefa, que sea sólo curiosidad?

-Sarita, las chicas de ahora se lo permiten todo. A veces también son modas. En serio te digo. Quizás esté de moda ser lesbiana.

La palabra la golpeó como un latigazo. Lesbiana. Se arrepintió de inmediato de la confesión atropellada y del exceso de intimidad con la jefa, a quien todos en la oficina encontraban tan eficiente, tan creativa, tan inteligente, tan, tan, tan. Confesarme justo con una desatinada, se dijo Sara, mirando los árboles, y siguió caminando a paso lento por el parque, calculando el año de la conversación. 1997. Dios, habían pasado mil años. Una moda, una moda. No volvió a hablar del asunto con nadie más en la oficina. ¿Cómo era el apellido de esa jefa? Noemí Córdoba...

Corvera... Cor... Con... Contardo. Memoria de porquería. Se frotó las manos por el frío. Miró a lo lejos unos manchones secos donde antes había pasto. No sólo la lentitud de Estela, también los recuerdos la habían puesto de mal humor. Se había desvelado la noche anterior, en medio de las cajas de la mudanza, mientras revisaba fotos. Quizás era sólo miedo. No, no. Debía arrancarse de inmediato esas ideas de la cabeza. En unas horas más Estela se mudaría a vivir con Paula y todo iría de maravilla. Lo importante era no apurarla ni discutir. Dio una última vuelta a paso lento, frotándose los nudillos. Se devolvió por Esperanza, entró al almacén de la esquina, compró una cajetilla de Kent y regresó.

Encontró a su hija ya vestida, sentada en la cama, poniéndose unos aros. Junto a la cartera vio la caja de zapatos con películas en DVD y las fotos que habían sacado de los álbumes: Estela a los tres años con las huellas de la peste cristal; a los cinco en el jardín infantil disfrazada de gitana; a los veinticuatro, recibiendo el título de enfermera. En la caja también se iban las pocas fotos que quedaban de Mario, la mayoría en la clínica, el día del nacimiento; un padre joven y feliz con la primogénita en brazos.

De pie en la puerta del departamento, esperó a que Estela, a unos metros en el pasillo, tomara el ascensor. Eran cerca de las seis de la tarde. Ya habían cargado la camioneta de Paula y Estela sólo había regresado a buscar la cartera y la caja con las fotos.

Estela se devolvió y caminó hacia ella. ¡No se puede arrepentir ahora! Le impediría la entrada, forcejearía si fuera necesario, pero Estela se acercó, apoyó la caja en el limpiapiés, se acomodó la cartera en el hombro y la abrazó, quizás por segunda vez en el día, pero ahora más apretado y por más tiempo. Sara le acarició ambas orejas, le miró la cicatriz en la frente y recordó el ataque de la gata, el arco oscuro dibujado en el aire por el cuerpo del animal. Cerró los ojos y la besó a modo de bendición como cuando era

niña.

-Vengo a verte en la semana, mamá. Y no celebres tanto. Mira que me devuelvo.

Sara congeló el recuerdo, el hilo de sangre, el llanto de la niña, el olor a moho de la crema cicatrizante y regresó a este frío domingo de agosto.

-Chao, mi amor. Cuídate.

Esperó a que las puertas del ascensor se cerraran y por un largo rato siguió de pie en la puerta del departamento, mirando el pasillo vacío del piso 9.

Pese a todos los pronósticos, incluida la tirada de tarot de Mané, no estaba triste. Algo impaciente, inquieta, pero no triste. Giró sobre los botines y cerró la puerta.

Por fin, a los sesenta y tres años, estaba libre. Después de décadas de crianza, nadie de quien ocuparse.

En la cocina descorchó una botella de cabernet, se sirvió una copa y sacó la cajetilla de Kent del microondas. Ya nunca más escondería los cigarros de la mirada atenta de Estela. Con la copa de vino y un cigarro recién encendido, se sentó en el sofá a diseñar una vida nueva.

Desde ahora funcionaría a su propio ritmo, desde cosas tan tontas como decidir la marca de yogures en el supermercado o elegir la película en el cable. Sin horarios, sin la tensión ni los largos silencios de Estela. Tomó un buen trago y el líquido bajó con fuerza por la garganta. Se buscaría una socia, inventaría algún negocio, haría algo nuevo, algo entretenido.

¿Para quién trabajas tú, Sara? Debes trabajar para ti, siempre para ti, para tus propios sueños. Te debes a tus sueños.

Escuchó en su cabeza la voz nítida del relator; un antiguo curso de capacitación en ByFoods. Se sirvió otra copa. Fumó con ganas, levantó la cabeza y luego se echó hacia atrás hasta apoyar la nuca en el respaldo del sofá. Al primer intento una arandela de humo, no tan perfecta como las que hacía a los veintitantos, se elevó al cielo raso y ella

la miró hipnotizada hasta verla desaparecer. No más horarios ni hija ni oficina. Se entretuvo un largo rato tomando vino y haciendo arandelas de distintos tamaños.

Una hora después apagó la cuarta colilla contra el platillo de té y sonrió al recordar a Estela escondiéndole los ceniceros. Nunca más estaré en función de los otros, murmuró, y sintió la lengua áspera contra el paladar a causa del vino. Algo en el tono no terminaba de convencerla. Probó a decir la frase en voz alta, como si se tratara de una orden.

-Sara, nunca más estarás en función de los otros.

Lo dijo dos, tres, cinco veces. Cuando se cansó de repetirlo, estiró el brazo y llenó la copa hasta vaciar la botella. Los otros, musitó, y se acordó del título de una película que había visto con Estela, hacía varios años. Una en la que los muertos no sabían que estaban muertos.

El teléfono sonó a las once de la mañana y Sara, medio aturdida por el *ringtone* del aparato, sacó un brazo de abajo del cobertor y tomó el celular. Escuchó la voz de Marga con los ojos cerrados y el cuerpo enredado en los restos de un sueño. Había agua, Mario, un paseo a la playa. La voz dijo algo de cumpleaños, de una ponchera. Sara respondió okey, con ganas de despedirse y cortar, pero la mujer de su padre siguió parloteando y al final habló de un escáner. Sara respiró profundo, abandonó las olas espumosas, el olor a sal, abrió los ojos y salió del agua. Fiesta de cumpleaños, la ponchera, un escáner. Necesitaba despertar.

-¿Qué escáner, Marga? ¿Escáner de quién?

La escuchó lloriquear al otro lado de la línea.

-Tengo algo malo en el interior, Sarita. Una enfermedad de mujer.

Alejó el celular de la oreja y se preparó para la vieja historia que cada cierto tiempo Marga desempolvaba después de algún chequeo médico: el cuento del tumor que los médicos, para no asustarla, llamaban precáncer, pero que a ella, Marga Arredondo, viuda de Maldonado, no le parecían más que eufemismos. Mientras la mujer seguía hablando, Sara se acordó de la ilustración del aparato reproductor femenino, colgada del pizarrón, que la monja recorría con un puntero como si fuera un mapa. Se acercó de nuevo el teléfono y, con la misma voz fría de la religiosa, dijo:

-Lo mejor, Marga, es esperar y ver qué dicen los médicos.

Era impresentable que la mujercita todavía usara el